

cibir la pestilencia de ella, se me revolvió el estómago y volteaba la cara para mi derecha, diciendo: — Prudencia, señora, prudencia; parecemos los tres locos y locos de atar, déjeme alzar mi sombrero. Y con este pretexto me la quité de encima desprendiéndome de las dos. Tomé el sombrero, y con semblante serio le dije: ¿Ya escuchó, señora, cuál ha sido mi respuesta á la amante que adoro? ¿sólo a ella, á mi amada? Pero ahora debo de hablar con la misma franqueza á la mujer casada. Es una majadería creer que yo pueda jamás abrigar en mi pecho una pasión criminal, nunca atropellaré los derechos de un marido, ni menos corresponderé á la locura de una casada, que por torpeza se atreve á declararme que me ama, porque si eso fuera verdad, no trataría de arrastrarme consigo á los infiernos. — ¿Pero cómo el corazón es tan caprichoso, D. Pepe? me contestó, somos las pobres mujeres tan frágiles, ya ve vd. el amor se va á donde quiere, no á donde lo envían. — Es verdad, señora, así dicen y en mí lo siento, mi corazón es el capricho andando; pero también la voluntad le va á la rienda, contengo sus caprichos quedando mis sentidos expeditos, veo á quién, cómo y de qué manera me dirijo, mi amor es puro y santo y no estoy tan ciego que no sepa distinguir las cosas, ¿comprende vd., señora? no puedo hablar más claro, ser más franco. — ¡Ah! sí, me respondió echando un suspiro, ¡maldita la hora en que me casé! En un acceso de mi sensibilidad olvidé que traigo arrastrando una cadena, ¡gracias, D. Pepe, por sus consejos tan á tiempo! perdone mi desvarío; pero estoy conforme con saber que no es indiferente á mis sentimientos, prométame que con el tiempo se llegarán á entender nuestros corazones, y mientras, no me desprecie. — Le prometo á vd., señora, que no ha de dilatar mucho en que nos conozcamos bien, y que nos queramos tanto, cuanto lo exijan las circunstancias de cada cual, y sus hechos; obras son amores y no buenas razones. — Con esto me contento, Pepito, soy feliz, y no pierdo la esperanza de...

CAPÍTULO IX

El secreto. — Celos. — Guerra á muerte. — La ganancia. — Los fingimientos. — El medio muerto. — El casamiento. — El Dedo de Dios.

En esto llegamos á la hacienda, la vieja se metió para la sala á saludar á otras nuevas visitas dándome un apretón en el brazo en señal de cariño, meneándose al andar con la cornadura gacha: Clarita me dijo al soltar mi brazo: Brínquese por el corral de los bueyes para el jardín, allí lo espero, luego luego, y partió. Á los cuatro minutos estábamos ocultos debajo de un emparrado, se me hincó repitiendo sus palabras, diciéndome: — Por el amor de Dios, D. Pepe, que me socorra, que me saque de las garras de estas fieras que me están devorando. La levanté, y estrechándola contra mi seno, me lo humedeció con sus lágrimas y prosiguió: — Hace muchos años, toda mi vida, que soy la víctima de Rufina, de mi pilmama; quiero hacer á vd. depositario de un gran secreto, de que ha dependido mi existencia, he tenido pendiente la vida de un hilo: hoy la Providencia te me envía., Dios ha escuchado mis fervientes oraciones, y condóldose de mi amarga situación: vd. me salvará, mi corazón me lo anuncia, llegará el día de la justicia, esos viles criminales no se saldrán con la suya, y su infame delito no quedará impune! Todos me tienen por loca, yo los mantengo en ese error, sólo así he podido conseguir algún descanso, á pesar de que en tan triste papel sirvo de diversión al mundo entero, soy la mofa, el escarnio, y por decirlo de una vez, el juguete de mis mismos enemigos. ¡Ese vil de mi padrastro, esa arpía de Rufina, ávidos de codicia, son ante mis ojos los entes más despreciables: todo lo sabrá, yo le contaré despacio sus infamias y le repito que por el amor de Dios no

me abandone! Entretanto comencemos por tratarnos como verdaderos amantes, rómpase el turrón. — Enjuga esas lágrimas, Angel mío. — Ya te dije, Clarita, que jamás te abandonaré, que mi corazón y vida te pertenecen, ya te declaré mi amor delante de esa maldecida vieja, y como ahora me insinúas algo del misterio que me imaginé, ya veremos cómo debemos conducirnos: sigue representando tu papel de loca para que nada sospechen, ya nos daremos traza para vernos sin testigos, pon en Dios tu entera confianza, descansa en su Divina Providencia, y con su grande favor procederemos: ya presenciaste la desvergüenza de esa Lechuza coqueta, y es tan bestia que no ha de haber comprendido el doble sentido de mis palabras: para que menos malicie nada, voy á ponerla en ascuas, voy á dirigirles atenciones á las muchachas; si se ofrece á singularizarme con alguna, la he de hacer rabiarse. Escucha todo y medita lo que quieras que yo haga, pues estoy pronto á sacrificarte hasta la vida, pues tú sola eres, Clarita mía, la dueña absoluta de mi corazón. La abracé con más efusión, ella correspondió cariñosamente, enjugó su pálido rostro, que desde aquel instante se transformó, y me parecía encantador. — ¡Véte, me dijo, y que se haga la voluntad de Dios!

Me volví á brincar para el corral, y ella se puso á cortar flores. Apenas aparecí por la puerta del zaguán, cuando se me presentó la fiera que, no encontrándome con los demás concurrentes, me buscó por toda la casa con mucho empeño. — ¿Por dónde anda, buena alhaja? me dijo con tono chancero, ya me canso de buscarlo. — Yo le respondí con desenfado: Fui á darles un vistazo á mis caballos y á que les dieran pienso. — ¡Eso sí! yo me había figurado que nos dejaba solas: ande tantito, vamos á componer la mesa. Y tomándome un brazo, cual si fuera un chiquillo, me introdujo al comedor, preguntándome adónde estaba la loca, como para sorprenderme. — ¿Qué sé yo? respondí, más atención me merecen mis caballos que los locos: no faltó quien dijera que la había visto entrar al jardín corriendo. — Entonces, dijo la vieja con tono de burla, iría á ver á su Diablo ó su Angel, se habrán dicho á la hora de esta mil requiebros y ambos estarán llenos de gozo. — Yo creo que sí, le res-

pondí, como ayudándole á bromear, se abrazarían con frenesí y estarán ya muy complacidos uno y otro, ¡quién tuviera la dicha de estar loco! con sólo imaginarse cualquier cosa, basta para que la crean realidad, y eso es una ventaja que no tenemos los cuerdos. — ¡De veras, D. Pepe! siendo así, yo también quisiera estar loca. — Para allá vamos, contesté: ¡paciencia! que nadie diga de esta agua no he de beber, porque en ella se ha de ahogar. Mandó á unas de las niñas para el jardín en busca de la loca, éstas le arrebataron sus flores y corrieron para dentro moviéndose de ella: las fué siguiendo muy compungida, y al presentarse, le dijo la vieja: — Mira qué asoleada estás, no parece sino que tu Diablo te ha dado de bofetadas. — Eso quisieran, respondí; pero puede que no pase mucho sin que se la cobijen al revés. Siguieron las otras también cargándole; y yo por evitar que la molestaran, llamé aparte á D^a Rufina, diciéndole: Impida vd. que la provoquen y la molesten, no vaya á ser que fastidiada vaya á contar algo de lo que ha pasado, ha sido un escándalo el nuestro y no nos vaya á poner en un compromiso. — ¡Qué timidez, Pepito! aun cuando dijera algo, ¿quién le había de dar crédito á una loca? — Nunca está demás la precaución, le repliqué, conque regañe vd. á esas niñas, ¡basta! ¡que la dejen en paz! ¡eso es mucho moler! ¡una pesadez! — Voy á darle gusto; y no sólo las regañó, sino que les dió algunos manazos.

Quedó arreglado todo, salí á llamar á los señores mientras ella hacía lo mismo con las señoras; y como había más gente, me pasé para el lado de los hombres á Clarita, que coloqué á mi derecha, y á la hija más grande de D^a Rufina, que al mismo tiempo era la más malcriada y regularcilla de cara, la senté á mi izquierda para impedir otra grosería como la que hizo en el almuerzo; y por no ser de las corregidas, la veía yo con intenciones de seguir haciendo sus chistosadas. Cuando empecé á servir platos, advertí que mi padre no estaba allí; y parándome precipitado iba á que le avisaran, cuando me estiró el amo de la chaqueta, diciendo: — ¿Adónde va? siga poniendo. — Voy á que venga mi padre, caballero, no lo veo por aquí. — Ahí comerá después, ¡quién sabe dónde andará! ese es mucho amor filial, D. Pepe, ¡no sea tan niño! — Efectivamente, señor, es

mucho amor; y como que es mi padre, sólo á mí me interesa. — Que vaya un criado á llamarlo, dijo la vieja entrometida, vd. nos hace falta, extrañamos su presencia; y se recalcó en estas últimas palabras para halagar el amor propio de su marido: Oye, Zacarías, le dijo á uno de los sirvientes, anda busca á tío Marcelino, el caudillo, y dile de nuestra parte, que no comenzamos á comer hasta que él no llegue. El criado estaba distraído, no puso mayor cuidado, y preguntó: ¿Qué me mandaba vd., señorita? No le dejé repetir á la señorita su irónico mandato; pues desde que senté á su hija junto á mí se puso hecha un león y no hallaba cómo sonrojarme. — Que dice tu ama, le repliqué, que llames á comer al Sr. D. Casimiro López, á mi padre, y le hagas presente, que hasta que no venga su merced, no comemos: ya está dicho. Me senté muy serio y suspendí el poner platos.

D^a Rufina conoció mi cólera, el agravio que me hizo secundando las ironías de su marido; y para enmendar la plana, se paró furiosa, murmurando: — ¡Son estos criados muy bestias! siga vd. sirviendo, D. Pepe, yo misma voy á llamar á su padre. El amo se mordía los labios de cólera, su esposa salió como un demonio de rabiosa, y yo seguí poniendo la sopa. Á poco rato volvió con mi padre, diciendo: — Ya venía, á pesar de que no le habían avisado. — Eso sí, dije, ¿no ve vd., señor padre, que el amo podía haber atribuído su falta á que se le desairaba su mesa? Siéntese en su lugar.

Cuando estaba yo ocupado en servir el puchero, advertí que mi inquieta vecina hizo una travesura á Clarita; y ya se disponía á repetirla, cuando le dije con disimulo: Estése quietecita, porque tengo que hablarle, no desvanezca mis doradas ilusiones. Ella se sorprendió por lo pronto, y luego me preguntó: — ¿Por qué me dice vd. eso, D. Pepe? — Porque todo mi plan viene á bajo: tenga vd. juicio y seremos venturosos: ahí hablaremos solitos: hágase disimulada, que su mamá la está mirando mucho. Se puso muy colorada y no volvió á intentar divertirse con la loca. La atendí con solicitud; cada rato la obligaba á tomar vino y le soltaba de cuando en cuando sus florecitas, que no eran mal recibidas: tanto hice, que la madre lo conoció y estaba celosísima de su hija. No más se rebullía en la silla amohinada,

y casi se quedó sin comer, echándome de cuando en cuando unos ojos que despedían fuego; yo me sonreía, y más se llenaba de furor. La comida acabó tardísimo, licores no escasearon, y á cual más ó menos, no dejaban de estar un poco trastornados; por lo que, de común acuerdo, se dispuso que el ganado sobrante se quedara para continuar al otro día la diversión; y entretanto venían unos músicos que yo mandé solicitar, las señoras se fueron al jardín y los señores en el mismo comedor se pusieron á divertir á los albuces: yo pretexté ir á ver mis caballos, y me separé repentinamente. La madre me buscaba por un lado, la hija por otro, y una y otra querían disimular su interés; por fin fué la primera más necia y la segunda más caprichuda. Clarita estaba en observación y todo me lo contó. — ¿Qué buscas por aquí? le preguntó la madre después que se encontraron dos ó tres veces por varios sitios. — Yo nada, mamá, le respondió. — ¿Cómo nada, bribona? ya te vi estarte secreteando con D. Pepe, ¿qué te estuvo diciendo? — Nada, mamacita, nada. — Si no me confiesas la verdad, te pego. — Pues máteme vd., porque yo no sé nada. En vano apuré sus recursos: la muchacha se obstinó en no responder, y ya se trabó cierto capricho en una y otra; la hija en corresponderme, y la madre en impedirlo; y una y otra se espiaban sus movimientos sin separarse, demostrando su mal humor. Mientras Clarita se largó para nuestro emparrado, y me contó lo ocurrido, riéndose de la mejor gana, llegaron los músicos poco después de la oración, y comenzó el baile. Tomé por compañera á D^a Rufina, sin darme por entendido de nada; pero advertía lo orgullosa que estaba de que no hubiera sacado á su hija, y ésta me veía como sentida.

Á la segunda pieza cambié los frenos: la nana quedó furiosa, la hija me sonreía hasta sin motivo, y al disimulo me dijo: — ¡Anduve buscando á vd. por el jardín esta tarde! — No me atreví, porque su mamá la espiaba. — Y ¿para qué bailó vd. con ella? — Porque, como la ama de la casa, le tocaba por derecho. — Pues yo no entiendo de eso, ¡sólo ha de bailar vd. conmigo! — No puede ser, ¡mi vida! confirmaría sus sospechas; y adonde me diga alguna majadería, me largo y no vuelvo á pisar esta casa. — Pues entonces baile vd. con

todas, pero no con ella; porque si la vuelve á sacar me enoja. Acabó el vals, y obedecí á mi caprichosa pareja, causándole tal enfado á D^a Rufina, que por vengarse de mí se arranchó con el tinterillo del juzgado para darme picones, y eso me dejó libre de sus exigencias. Salí al comedor á ver el jueguito, me tocó mi turno de echar el albur, saqué cosa de ocho pesos que llevaba en la bolsa y otros tres que mi padre tenía, se me hicieron dos cuartetas, y en un instante hice cosa de sesenta pesos: dejé la silla, senté en ella á mi padre y le dije: Diviértase su merced tantito, esto no me gusta, prefiero bailar. Y me volví para la sala dejándolo ya formando rueda.

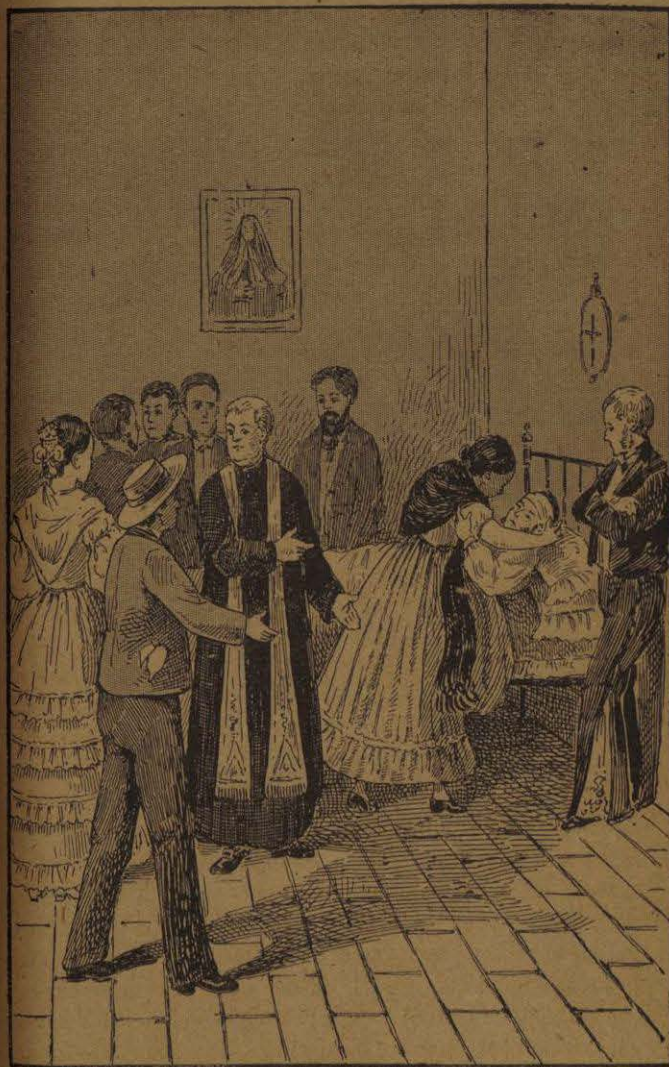
La maldita vieja parecía mi sombra, no más me seguía: al atravesar una pieza intermedia me alcanzó, se agarró de mi brazo y me dijo: — Si más le agrada bailar, bailaremos, esquivo caballero. — No me confunda vd., señora, se ha equivocado, le contesté, retirando mi brazo bruscamente; yo no soy ese catrín que tanto la fascina. — ¿Pero qué es eso, D. Pepe, qué pronto olvida sus ofrecimientos? — Yo sé cumplirlo que digo, señora, no ha tardado mucho el desengaño, es vd. una loca, y loca de atar, nada hay de común entre nosotros; los hombres á divertirse, las veletas al campanario, lárquese y no acabe de fastidiarme. — ¿Qué quiere decir eso? me replicó, dándose por agraviada y hecha una furia; ¿vd. me declara la guerra, después que me ha provocado enamorándome á mi hija Chole? Todo lo he visto, no soy loca como se figura, se han secreteado cuando la paró vd. á bailar, ella se ha reído de mí, ha tenido en poco mi poder; guerra, D. Pepe, guerra á muerte, ya que vd. la busca; todo lo que tengo de extremosa para querer, lo soy para aborrecer. ¡Dios libre á vds. de mi furor! Y se metió para la sala hecha un demonio. — ¡Magnífico! me quedé diciendo para mí, esto cámina bien, la Cholita pagará el pato, no hay duda; pues para no comprometerla más me vuelvo al juego, y allá se las avengan; ya me quité de encima esa víbora ponzoñosa, ya no podrá sospechar de Clarita y no pude salir mejor librado de las garras de esa tarasca.

Me acerqué á mi padre, y mirando que no pasaba de lo que le dejé, les dije: — Señores, si á vds. les parece, pondremos burlole, gáñenme este pico, yo las tejo. — ¡Sí, sí, contestaron,

burlole! ¡póngalo, D. Pepe! Me puse enfrente de mi padre, y empecé á echarles albur y gallo; admitía algunos tecolotes, todos menos, parejitas, pares y nones, cuanto me ofrecían; estuvieron de malas, y en dos por tres los recogí. Empecé á abrir caja, el amo se picó, mandó traer dinero dos ó tres veces, y el resultado fué que á las doce de la noche tenía yo ochocientos y pico de pesos en dinero y cuatrocientos en cajas. Los bailadores se fastidieron y vinieron á última hora á largar también sus medicitos; ¡hasta la D^a Rufina sumió lo del gasto diario y varios escuditos que tenía escondidos! me dió el sol de cara y eché recogida general. Le dejé á guardar á D. Luciano quinientos pesos, y el resto que era oro, después de darles á las niñas su barato de á escudito: en un descuido se lo dí á Clarita para que lo depositara, retirándome con mi padre, después de cenar, á la una de la madrugada. — ¿Quieres decirme, José, me dijo mi padre cuando ya estuvimos en el rancho, por qué te propusiste mortificarme todo el día, obligándome á entrar en juego? ¿No te he dicho muchas veces que huyo de la sociedad, que sólo quiero vivir ignorado y terminar mis días apartado de todo el mundo? Le conté lo ocurrido desde nuestra llegada á la hacienda sin excusarle nada, y el propósito que me había hecho de proteger á Clarita y hacerla mi esposa; porque verdaderamente estaba apasionado por ella. — Es necesario mucha prudencia, José, me contestó, la cosa no es tan fácil, el enemigo es poderoso, la señora ésa es temible, puede hacerte mucho mal el enojo en que la dejaste; yo te ayudaré en cuanto pueda, ya la suerte se mostró favorable, pues cuentas con ochocientos pesos en bolsa, es preciso ponerlos en salvo, porque es regular que traten de recogerlos; echémonos en brazos de la Providencia, y ella nos irá marcando el camino que debemos seguir.

Al otro día, estirando mis otros dos caballos, me presenté en la hacienda. El amo se me manifestó muy afable, y á más de los concurrentes del día anterior, estaban otros recién llegados, absolutamente extraños para mí. Después de algunas conversaciones indiferentes se habló del juego, ponderando mi buena suerte; y dirigiéndoseme el amo, me dijo: — Ahora nos pondrá vd. el monte, ¿no, D. Pepe? ¿ó es tan apegado al dinero que

ya le dió sepultura? nos tiene picaditos, y creo que no se irá de profundis. — No tengo inconveniente, le contesté, á pesar de que es tan corto el capital, que en dos por tres me tapan el monte. — ¿O quién sabe, replicó, si nos volverá á despellejar, porque de veras que es afortunado en el juego, y entonces será desgraciado en amores? — No tengo experiencia todavía, y podré asegurarle que jamás he jugado formalmente hasta anoche; y como aún quiero ponerles el monte, no sé cuál será el resultado respecto de mi suerte en el juego. — ¿Y de amores, amiguito, qué tal? — Tampoco tengo experiencia; mi gusto se ha limitado á tener uno que otro caballito regular y á vestirme lo mejor posible. — Ahora que dice de caballos, amigo D. Pepe, dígame: ¿piensa deshacerse de sus cuatatanes? Porque este señor, y me señaló á uno de los recién llegados, creo que le ha gustado el Pito real, un colorado sangre linda muy bonito. — A ése le apesta la boca, le contesté. — ¿Pues cuánto baila? — El que quiera pesarle en el lomo y meterle las espuelas como dueño, me ha de dar al chaz, chaz, cuatrocientos pesos. — ¿Pues qué sabe leer y escribir? — Poco le falta, y entre los de su clase no me lo empelan. — ¿Qué no nos hiciera el favor, caballero, me dijo el forastero, de que lo veamos ensillado, porque de la vista nace el amor? — Es cosa muy fácil complacerlo, señor mío, voy á echarle mi cacaxtle. Y me salí á ensillar: todos los más se fueron tras de mí, y á su presencia le eché la silla. Lo apreté, lo manoseé por todas partes, me monté, se los bullí á la corta y á la larga, lo acometé á la cerca y la salvó de ida y vuelta con mucha limpieza: en fin, les pregunté: ¿Qué más quieren que haga en este caballo? — Veremos qué tal se pega al ganado, dijo el amo, que picaba de inteligente, que le echen ahí un toro de los apartados. Nos fuimos para el carril y los complací; pues en menos de treinta varas pepené el rabo y pasé, dando una caída de primera. Tanto le gustó al subprefecto, que por tal de que el amo no se quedara con el caballo, me dijo: — ¡Cuatrocientos veinte pesos por ese cuaco y no digo quién me lo vendió! — El extraño le hizo una seña al amo, y éste gritó: — ¡Cuatrocientos cincuenta! — ¡Sesenta! replicó el primero. — ¡Setenta! le contestó el segundo. Y así lo pujaron, hasta que definitivamente el sub-



Violento matrimonio.

prefecto llegó á quinientos pesos, que mandó traer de su casa, diciendo con orgullo que los trajeran en oro.

Al ver al amo disgustado porque no se quedó con el Pito real, le dije : — Si su amigo de vd. tiene empeño en un buen caballo, le enseñaremos al Gavilán (un tordillo melado con que remudé el del día anterior), que aunque no es tan bonito ni tan ancho, no se queda muy atrás. Se los paseé también, lo montó el interesado, y después de mil experiencias, me preguntó : — ¿ Cuánto quiere vd. por éste? — Trescientos cincuenta pesos ; pero también lo pongo á pública subasta, y se quedará con él el que más puje. — ¡ Cinco más ! dijo un comerciante del pueblo que le gustó. ¡ Diez ! respondió el amo. Y para no causarte, también lo vendí en cuatrocientos pesos en oro, pues nadie ganaba al tal amo á vanidoso : ya no me quedaba más que un rosillo flor de durazno, que aunque no era de la ley de los otros, tenía bonita estampa y era más nuevo, el cual lo vendí en trescientos pesos, y en dos por tres me tienen á pie, sin más avío que un grullito que me estaba acabando de arrendar mi padre. No se pasó una hora sin que me encontrara con dos mil pesos largos disponibles, y empecé á cavilar la manera de asegurarlos bien. No faltó pretexto con que pedirle á D. Luciano mi depósito, y al entregármelo me dijo : — ¡ No sabe cuánto cuidado me quita con llevarse su dinero, porque el sujeto ése que se quedó con el Gavilán me parece pollo de cuenta : temía que en un descuido abrieran la alacena y me pusieran en un aprieto : saquélo con precaución y mire bien dónde lo pone. Lo saqué sin que nadie lo advirtiera y se lo di á guardar á tío Marcelino, así como el oro y demás picos que me pagaron de la caja que di en la noche anterior, lo tenía repartido en todas mis bolsas, y trataba de dárselo á mi padre. Al salir en su busca, sentí un golpe en mi sombrero, causado por un hueso de capulín : volví la cara y vi á Clarita dirigirse para el jardín muy aprisa y hacerme seña de que me brincara por el corral.

Partí sin demora, y al vernos solos me dijo muy llena de cuidado : — Mira, Pepe, cómo te libras de la trampa que te han puesto. Mi padrastro, picado porque anoche perdió, está de acuerdo con el que quería comprar el Pito real para ganarte todo. — Pero ¿ cómo lo sabes, Clarita, de dónde su pones tal cosa? — No es

suposición, porque yo he visto todo el enredo; en él está también de acuerdo Rufina y otro que anda ahí de la barba güera. Todos se encerraron en la recámara, donde, como de costumbre, estaba yo arrinconada; y como no les causó temor, á mi presencia estuvieron señalando una baraja según les pareció, y cuando acabaron exclamó mi padrastro muy satisfecho: ¡Ahora me las va á pagar ese orgulloso contrabandista! Mi empeño en que vendiera sus caballos, fué para que tuviéramos tras qué caer; es de á tiro pichoncito, no sabe ni aun barajar: el viejo es muy torpe, y yo les aseguro que ni los huesitos le truenan. — ¿Pero estás seguro, advirtió Rufina, de que ponga el monte? — Respecto de eso no hay cuidado, porque en presencia de todos se comprometió; ahora lo que interesa, prosiguió diciendo mi padrastro, es que nada malicie, todos trátelo bien, y principalmente tú, Rufina, que tanto aprecio como le mostraste en el día, fué de indiferencia por la noche. — ¡Con razón! respondió muy colérica, ¿cómo me ha de gustar que me ande enamorando á Cholita, y ésta ensoberbecida se me insurreccione? ¡Es un pícaro el tal D. Pepe de siete suelas, y tan audaz, que al reconvenirle su mal proceder, me ha dicho que soy una veleta y quién sabe cuántos insultos más! ¡Como tú de que te pones á jugar no haces caso de nada, no me pareció conveniente decírtelo anoche! Con eso, quiera que no quiera, tengo que manifestarme ofendida, cuidar á mi hija y no separarme de ella, para que no se burlen de mí. — Pues por ahora prescinde de todas esas cosas, le previno su marido, nada le ha de suceder á esa niña con que le platique ó le haga uno que otro cariñito, el caso es manifestársele complaciente, para que no vaya á maliciar algo, procura darle una satisfacción y engolosinarlo con Chole, que ya nos la va á pagar todas juntas, y tendrá que marcharse por ahí con cajas destempladas á pie y andando, si no es que lo dejamos hasta sin camisa, echando de ribete sus buenos puros orizabeños: conqué obra con sagacidad y no vayas con una torpeza á desbaratar nuestros concertados planes. Todos se retiraron, y yo con disimulo me vine para avisarte que pongas tu dinero en salvo, suplicándote que por vida de lo que más estimas no admitas jugar, aunque te comprometan. — Te agradezco, vida mía, tu cuidado; y para tranquilizarte, toma, reúne este dinero con el que te di anoche, no me

quedan más que quinientos pesos en plata que le dí á guardar á tío Marcelino; y como eso es lo que nos ha de servir para nuestros planes y las armas con que hemos de atacar y defendernos, primero me sacarán un ojo que quitarme un peso. Para no verme en el caso de ponerles el monte, ya tengo meditada mi excusa, voy á fingir una desgracia, á que me dé un golpe el caballo, me hago el mortecino y no vuelvo en mí hasta mañana, ó cuando se me antoje, pues mi objeto es quitarme el lazo sin que ellos crean que fué pretexto; de manera, que si yo voy á echar de ribete media docena de puros, ellos van á perder hasta su marcada de baraja y unos cariñitos que le voy á hacer á la maleriada Cholita delante de su señora madre, para que solita se muera de rabia: conqué ya estás advertida, no te asustes; sólo tú y mi padre estarán en el secreto, esconde este dinerito y deja rodar la bola, que Dios nos auxiliará. Se fué á guardar el dinero, me brincó para el corral y todo quedó arreglado. Dieron la voz de ¡almorzar! y yo, como el día anterior, me puse muy contento á servir á todos, sin olvidarme de mi padre, D^a Rufina me empezó á guiñar los ojos y sonreirme con estudiada coquetería, yo la obsequié con finura; la Cholita se me enjoscó, y un cariñito en un carrillo casi en los bigotes de la vieja, que se hizo disimulada, bastó para contentarla; el amo aparentó mucha jovialidad, los demás me manifestaban su cordial estimación; en fin, todos nos reíamos con buen humor y fué el momento de los fingimientos. El amo me fingía sus atenciones, los demás su amistad; la vieja me fingía su amor, su hija se fingía esquiva; Clarita fingía su locura, y yo á todos les fingía que era un guaje propio para tomar agua. De ahí es, que todos se reían de mí y yo de todos. Pero suspenderemos tantito mi relación, déjame observar la encrucijada, no vaya á ser que nos traten de sorprender los mañosos de este rumbo.

Pepe se adelantó cosa de cien varas silbando el soncito del Canelo, llegó al sitio indicado, descargó una pistola, y luego silbó muy recio, de una manera particular; se le reunió Astucia, preguntándole: — ¿Qué hay? — Que no me engañé, si no me adelanto y doy el santo, nos meriendan: mira ese cacho de puro ahí ardiendo, voy á llamarlos para hacerles su prevención. Repitió el silbido fuerte dos veces, y á poco rato se oyó el galope de

caballos que venían presurosos : se acercaron tres enjorrogados, y quitándose los sombreros, uno de ellos dijo con tono sumiso : — Vd. mande, señor amo. — ¿ Adónde está el Ratón? — Señor, está de baja por enfermo. — ¿ Y quién les ha dicho á vds. que han de venir á sanjuanear por estos rumbos? ¿ no les tenemos prevenido que no nos interrumpen el paso? — Señor, nosotros no sabíamos que sus mercedes vendrían por este camino; ¡ como siempre transitan más arriba! — Los charros Hermanos de la Hoja transitamos por donde se nos da la gana. — Por eso, señor, en cuanto oímos el santo y seña, nos retiramos. — ¡ Corrientes! Avisenle al Ratón que se cuide, porque si faltan á lo que se les ha prevenido, han de hacer unos colgados muy feos : lárquense. — Con permiso de vds., respondió aquel hombre muy curtido, y se emboscaron tomando la cuesta arriba. — Ve tomando lecciones, hermano, ¿ ya ves el miedo que nos tienen estos gandules? á este parajito, lo llaman Tres caminos, y dista como dos leguas del camino que llevamos nosotros con las mulas; conque ahora podemos seguir sin cuidado el relato que suspendí.

— Pues, señor, como te iba diciendo, todos reíamos de todos, y cada cual solo sabía la causa : cuando nos paramos de la mesa quiso la vieja apropiarse de mi brazo, la hija le conoció la intención, le ganó la delantera y se me afianzó diciendo : — Vamos, vamos. Me hice sordo y esperé á D^a Rufina que, como no se aguardaba eso, aplacó su cólera y quedó muy satisfecha; las fui á dejar al tablado y en el tránsito me dió mi piquete, ponderando mi buena suerte y animándome á que pusiera el monte, agregando : — Esos señores amigos de mi esposo que ha visto vd. son unos rancheros abajeños muy ricos, y yo no sé por qué me avisa el corazón que poniendo vd. la partida se va hacer poderoso, son payotes y se los mete vd. debajo del brazo. — En cuanto á eso, señora, yo no soy avispa, jamás he jugado sino por gusto y sin aventurar gran cosa : ayer con diez ó doce pesos hice ochocientos, ese es el azar; hoy, para asegurarme mejor, voy á ponerles un tompeate que tengo por ahí guardado, y mas que me quede á pie lo he de rifar : casi tengo por cierto que no se han de chispar la espina así no más, á mí no me engendraron en el año del hambre, ni le tengo apego al dinero. — Yo lo que siento es, dijo Cholita, que por ponerse á jugar no baila-

mos. — Para todo hay lugar, contesté, dejo á mi padre en la partida y yo me voy á la sala. — No tendrá vd. ese gusto, respondió la vieja, porque los músicos no dilatan en irse; sólo se ajustaron para anoche, y se han estado haciendo remolones para ver si los contrataban para hoy. — Entonces bailaremos, Cholita, voy á pagarlos por mi cuenta y que nos toquen desde ahora, espérenme un momento ó váyanse andando. Las dejé solas y corrí á buscarlos volviendo con ellos habilitados de sus instrumentos : cuando llegué estaban madre é hija en una acalorada disputa. — ¿ Para qué has obligado á ese hombre á que baile y gaste su dinero en los músicos? decía la madre. — Y vd., le respondió la hija, ¿ para qué lo ha comprometido á que juegue y que aventure su dinero? — Yo sé por qué lo hago. — ¡ Y yo también! — Pues yo le diré que no baile. — ¡ Y yo le pediré que no juegue! — ¿ Veremos quién gana? — ¡ Lo veremos! — Yo corté el diálogo que escuché subiendo aprisa á acomodar á los músicos, y la presencia de éstos impidió que la cuestión pasara adelante.

Como los caballos que tenía útiles los había vendido, le pedí á mi padre el grullo que tenía ensillado. — No te sirve este caballo, José, me dijo, es muy cosquilloso, todavía no coge bien el freno y sete puede ir ó dar por ahí un traspies. — Para lo que lo necesito está inmejorable, le contesté. — Pues le pondremos tu silla, yo estribeo muy corto. — No, señor, déjemelo así, porque ésa está buena para resistir patadas y que la haga pedazos este animalito. Le descubrí mi plan para que no tuviera cuidado y también hiciera su papel. Como el día anterior, me tocó en segunda cuadrilla, pero acompañado de los amigos charros que iban en los caballos que vendí : al instante de partir, observé que un airón que se había levantado hacía que la polvareda de los que corrían impidiera ver qué tal quedaban, y no pude menos que exclamar : — ¡ Gracias, Providencia divina, tú me ayudas! Nos echaron nuestro toro, todos partimos como un rayo, á mete mano, quise enderezar mi caballo con sólo la rienda, á tiempo de balnearme, y me pegué un cabezazo tan bien dado en las narices que me hizo ver estrellitas, sacándome el chocolate. Cuando me desataranté del golpe, me encontré envuelto en una nube de polvo, mis compañeros me dejaron á media carrera, y aprove-

chando el instante tan favorable, me apeé violentamente, aflojé el cincho, le volteé la silla al caballo para la barriga, lo dirigí para la hacienda, y pegándole un cuerazo, partió echando patadas como un demonio; yo me tiré bocabajo untándome la sangre de las narices por toda la cara, dando gracias á Dios porque sin ningún riesgo todo me había salido á pedir de boca.

Cuando se desapareció la polvareda, venían mis compañeros poco á poco por el extremo del carril, mi caballo pasó como exhalación frente al tablado, acabando de hacer pedazos la silla, testearió al primero que lo quiso atajar, y no parando en la hacienda tomó todo el llano; yo fui apareciendo tendido de largo á largo en la mitad del corredero, lleno de sangre y tierra: cuando todos los de á caballo arrancaron á verme, me echaron encima dos ó tres zarapes, unos me querían enderezar, otros dar una arrastrada á cabeza de silla para desataraptarme, quién me estira una pierna, otro un brazo; en fin, cada cual disponía lo que le parecía; y si no hubiera sido por mi padre, que se sentó en el suelo, me tomó en sus brazos, y acomodó sobre sus piernas, me descuartizan vivo entre todos: también los del tablado llegaron presurosos, el señor cura me tomó el pulso, y al descubrírmela cabeza y verme con aquella careta tan horrorosa, luego luego mandó uno de á caballo que fuera á escape por el santo óleo, otro arrancó en solicitud de un médico mandado por el amo, y abrigándome más me condujeron para la hacienda en otros jorongos, entre cuatro ó seis comedidos. Luego que la vieja me vió, hizo una exclamación de espanto, y Cholita otra de susto: Qué desgracia, decía apretándose las manos, y la madre exclamó: ¡Jesús! ¡Jesús! está el hombre horroroso, vámonos, vámonos, yo no soy para ver esto, y obligándola á que se retirara la hizo cogerse de un brazo del huizachero y tomó el otro diciendo: Me alegro de esta ocurrencia porque ya no bailarás con ese bestia que se ha medío matado por guaje. Picada su hija le contestó: — Ni vd. tampoco jugará. — Dios te ha castigado por rebelde, por cabezuda. Y volvió á encenderse la disputa que paró en que le dió á la pobre muchacha sus manazos y estuviera hecha un demonio contra mí, de manera, que cuando llegaron conmigo no quiso facilitar una cama para que me pusieran, pretextando que la pondría hecha un asco y que no tenía valor para habitar

donde estuviera un matado, por lo que me anduvieron trayendo de pieza en pieza, y ya me iban á llevar para la vivienda de D. Luciano, cuando advirtiendo que Clarita, cerrando su pieza, hizo una demostración de repugnancia al verme, sólo por mortificarla dijo: Pongan á ese hombre en ese cuarto; ahí está esa cama que aunque la empuerque nada se pierde. Entonces alzó los hombros como negándose conociendo el espíritu de la vieja; ésta insistió en que allí me colocaran, fingió querer salirse violentamente, pero la tomó de un brazo, le dió un empujón para adentro y llena de ira le dijo: Aquí te has de estar, voluntariosa: yo te de de enseñar á que me obedezcas, si miro que te separas, te daré muchos manazos. Ahí, ahí te has de quedar aunque te lleve el diablo, y se salió para afuera.

Clarita se sonrió, y con un semblante alegre se sentó en su baulito que estaba cerca del rincón, mostrándose á todo indiferente. Llegó el de los santos óleos y el médico casi á un mismo tiempo, tras de él volvieron á entrar la vieja y demás comparsa, me estuvo el Sr. Cura oleando, y yo como si estuviera privado de todo conocimiento dejándome voltear sin hacer demostración ninguna, suspendiendo hasta el resuello; cuando ejecutaban esta operación, estaban las muchachas y vieja mofándose de Clarita con mil boberas. Una le decía: Qué chulo está tu Diablo, vas á ser muy dichosa. Es buen mozo: mira qué linda cara, y así mil simplezas á que ayudaba la vieja. El Cura, mirando aquella jácara que armaban, le dijo con tono serio:

— Señora, vaya vd. con esas niñas á la sala, y mejor que burla, pónganse á rezar por este hombre que tal vez está entregando el alma á su Criador. La vieja se puso negra de cólera y se salió seguida de aquella parvada de cócoras, Clarita iba á seguirla, y deteniéndola le dijo: Ya te mandé que ahí te estés, cabezuda, y ojalá que de veras te lleve el Diablo en cuerpo y alma, indina. Y se volvió á meter mucho más gozosa, á colocarse en una silla por los pies de mi cama.

Después que acabó el señor cura su ceremonia, siguió el médico, me pulsó, me alzó los párpados, giró la cabeza, puso el oído en mi pecho, y después de otras mil experiencias dijo con tono sentencioso: ¡Debe morir! y yo decía para mí: Eres muy

sabio, para eso nací. — ¿Cómo fué el golpe? preguntó; cada cual supuso lo que le parecía, hubo sus opiniones y convinieron por fin en que había sido de cabeza. Para ejercer su facultad, me quitaron la chaqueta y me plantó una sangría en el brazo izquierdo, con tal chabonada que después de mil puyazos consiguió picarme la vena, disculpando su torpeza con que mi gravedad no permitía la regular circulación de la sangre, recetó una pócima y bálsamos que fué otro mozo á traer al pueblo; esperó el efecto de la sangría, con intención de emparejármela si no daba yo esperanzas, y se salieron para afuera porque ya era hora de comer; así que nos dejaron solos, Clarita se me acercó y con voz doliente me dijo: He tenido un gran tormento, Pepe, ya no te hagas mortecino: ni de chanza quiero verte en ese estado, ¿qué de veras te has lastimado, mi vida? — No tengo nada, Clarita mía: desecha todo temor: Dios ha protegido mis planes. Señor padre, la cosa marcha, ya que está al tanto de todo y que me ofreció ayudarme vamos á darle gusto á esa maldecida vieja; á la nohecita, se va vd. al rancho, recoge sus cosas, el dinero que tiene tío Marcelino, el que dí á guardar á esta niña, todo lo carga en mis mulas, me dispone un caballo y me espera en el puente de S. José; porque esta noche á fuerza de fuerzas, carga este Diabolo con esta loca en cuerpo y alma. — ¿Pues qué, piensas hacer un rapto, José? me preguntó sorprendido. — No encuentro otra salida, señor, si no aprovechamos esta ocasión en que me dejan solo con ella y se empeñan en que me la lleve, creo que para después ha de ser dificultoso. — Pues, hijo, te hablaré con franqueza, jamás consentiré, ni menos podré ayudar á que hagas semejante calaverada, que redundaría en perjuicio de todos y motivaría nuestra deshonra: no me meto en contrariar tu voluntad, ya veo que se quieren; que te has empeñado en sacarla del infeliz estado en que se encuentra: con mucho gusto le daré el título de hija, pero repruebo el modo de hacerlo; para quitarte el lazo de que hoy te dejaran hasta sin camisa, véte aliviando por grados, que ya mañana Dios dirá lo que convenga hacer. ¿Qué dices, Clarita? ¿cuál es tu parecer? le pregunté. — Yo estaría por otra cosa, me respondió, fingete más aliviado, y que ya puedas hablar, te llaman al Sr. cura para que te confieses, le

comunicas todo bajo el sigilo de confesión, él fué muy amigo de mi padre, es bueno, y seguro está que publique nada; si se ofrece, dile que hace mucho tiempo que nos queremos, que... cuanto tú creas necesario para pintarle la cosa muy comprometida, desengáñalo de todo, para que mi locura no sea inconveniente, que me lleve depositada al curato mientras que todo se allana, porque la verdad, yo también estoy resuelta, contando con vds., á no depender de mis verdugos. — Pues déjenme á mí solo este asunto, véte á comer, y tráeme algo porque la verdad tengo hambre. Ya me ocurrió una veteranada y buena, dentro de poco la realizaré felizmente. — Ya te advertí mi modo de pensar, dijo mi padre, no vayas á cometer alguna torpeza que pare en perjuicio de nosotros y principalmente en detrimento de la causa. — No tengan cuidado, ya está meditado.

Se fué Clarita á la cocina y en un descuido se trajo un buen trozo de asado, pan y una botella de vino, con lo que los tres echamos un pienso regular. Cosa de las cinco y media de la tarde entró el amo con el médico quien me preguntó, dándome de gritos, cómo me sentía, así que me dió dos, le respondí con mucha debilidad: Ma... a... lo — ¿Qué le duele? me dijo otro que venía con él. Yo con bastante dificultad me señalaba el pecho, y le dije: A... a... aquí... un... pa... a... dre. Que pide un padre, replicó el médico, sí, un padre, llame vd. al Sr. cura. A poco volvió con él, el médico al ver que empezaba á hablar exclamó: Ya comenzó la sangría á hacer su efecto, el pulso está mejor; sino que ahora ya subió un tanto la calentura, se queja del pecho y no hay duda sino que tiene el mal interior; que tome su pócima, y no pierda vd. tiempo, Sr. cura que se confiese cuanto antes. Me dieron la pócima y manifesté mucha dificultad para pasarla, el médico meneaba la cabeza para uno y otro lado diciéndoles á los concurrentes: Malo, muy malo, este es un sintoma que no me gusta nadita; está interesado el cerebro, y camina á grandes pasos: esto de los golpes es muy expuesto y de un momento á otro desaparecen las gentes, vámonos retirando y que ejerza el Sr. cura su ministerio. Todos salieron, siguió el Sr. cura haciéndome tomar más pócima, y en la pieza siguiente se representaba otra escena, D^a Rufina fué muy quejosa diciéndole á su esposo: ¿Qué dices

qué impertinencia de estas gentes? El cura no hace mucho, nos despidió mandándonos á rezar, y ahora Chole no quiere que se baile porque está ese hombre enfermo; al cabo no es nada nuestro para que todas le estemos haciendo el duelo, y como está tan inmediata la sala cree que lo perjudiquen nuestros brincos. Nunca me han de faltar disgustos y tener que sufrir impertinencias de gentes extrañas: ¿qué porque algún necio se avería, han de estar los músicos ganando el dinero de balde y las muchachas se han de poner en oración á encomendarle el alma? esto me gana por tener buen corazón.

— No se apure vd., señorita, le respondió mi padre, no más espero que se confiese mi hijo y cargaré con él adonde no causemos tanto mal á personas tan caritativas como vd. Voy á prevenir un pepestle, una zaranda ó cualquier cosa en que ponerlo. Ya iba á salir, cuando lo detuvo el amo diciéndole: — ¿Adónde va? no sea bobo, ¿cómo se ha de llevar á su hijo en el estado en que está? — Pero, señor, ¿qué he de hacer? me lo llevaré como pueda adonde no turbe la alegría de la gente despiadada, sin brizna de juicio y mentecata. — ¡Ese es un insulto á mi esposa, tío Casimiro! — Es una contestación á sus necesidades, señor amo. En esto entró el administrador y dijo á la vieja: Está vd. haciendo falta en el baile, señorita; ya les improvisé un salón en el despacho. Y á vd., señor, lo esperan en la pieza de allí junto: está la mesa puesta, la baraja, luces y los trescientos pesos que me ordenó le tuviera listos. Se salieron, y llamando á D. Luciano le dijo: Vea cómo impide que ese viejo vanidoso cargue con su hijo, no se vaya á morir por el camino y se diga que tenemos la culpa porque lo desalojamos de aquí.

Entretanto esto aconteció, yo fui poco á poco volviendo al uso de la palabra sin dejar de quejarme á cada instante. Comenzó el Sr. cura á consolarme con palabras dulces, á que me entrara la conformidad y comencé mi confesión ayudado por él, diciéndole que mi amor hacia Clarita era viejo, que estábamos en mutua correspondencia, pero que circunstancias muy apremiantes y comprometidas nos habían obligado á mí á disimular mi pasión manteniendo vivo el fuego de mi amor, y á ella á estarse fingiendo loca porque su existencia iba de por

medio; por último le dije, que mi padecer en aquel momento no tenía límites, que me sentía muy grave, y que mi principal aflicción era morirme dejando á esa niña burlada, que si conseguía cubrir su honor y hacerla mi esposa, tranquilo esperaríala muerte.

— Pero ¿qué no está falta de juicio esa criatura? — No, señor, llámela vd.; haga las pruebas que guste; por su propia conservación por las circunstancias agravantes que hay en otro asunto de mucho compromiso para la infeliz, ha tenido la necesidad de fingir tan miserable papel, y yo que sufrir semejante ultraje á mi querida, á la que sin duda será la madre de mis hijos; ahora que me miro bastante grave, por el amor de Dios le pido que nos dé las manos; que ella sea mi esposa, y que el fruto de nuestro amor lleve mi nombre... Y me quedé como al-targado, se asomó el cura, llamó á Clarita, le hizo variadas preguntas, confirmó mis palabras de que teníamos relación amorosa, y no contento con su opinión que nos empezó á ser favorable, le hizo señal al juez de letras que andaba refrescándose en el corredor, le consultó amistosamente el asunto; entre los dos multiplicaron sus preguntas, y opinó el juez también por la verdad, para más satisfacerse se fué á traer al médico quien también hizo sus observaciones y ratificó la opinión, declarando todos que estaba en su entero y cabal juicio. — ¿Cuántos años tiene vd., niña? preguntó el juez. — Señor, le contestó ella, nací el año de ochocientos y tantos: cuando murió mi padre quedé de seis años, el año de... y ayer á las dos de la madrugada he cumplido veintitrés años.

— Es cierto, replicó el juez, ya es mayor de edad, Sr. cura, y puede disponer de su persona sin necesidad de la voluntad del tutor. — Y vd., señorita, ¿tiene voluntad de casarse con este hombre que mira aquí moribundo? — Sí, Sr. cura, ese ha sido mi ánimo desde que lo conocí. — Pues llámenme á Marcelino. Luego que éste se presentó, le pidió el manual, un Santo Cristo, estola y demás cosas que necesitaba, y con presencia de otros concurrentes extraños se procedió sin demora á darnos las manos con las formalidades de estilo más precisas en estos casos, pues yo por momentos podía agravarme según la opinión del facultativo que cada rato me pulsaba, sacaba el reloj y

encarecía la circunstancia. Cuando ya estábamos en media ceremonia, entró una de las chiquillas de D^a Rufina, se quedó admirada, y conociendo de lo que se trataba arrancó á avisar; se le paró á la vieja enfrente al tiempo que iba á bailar y estirándole el túnico le dijo: Mamá, mamá, ya se están casando el Diablo y la Loca. No le hizo caso, sino que incómoda le dió un empellón para que no la molestara, diciendo: Mejor, mejor, que sea para bien del género humano tan linda pareja. La niña descolada se fué á decirselo al tata, que en la actualidad estaba con vapores, corriendo un albur bastante interesado, lo ganó y para quitársela de encima, le contestó: Ya lo sabía yo, hijita, véte, no mortifiques. Pero viendo que insistía, por tal de que se fuera le dió una peseta y dijo: Anda á darle esto á tío Marcelino, y dile que repique por tan clásica celebración.

La niña partió, dió la orden y la peseta á Marcelino, y éste lleno de júbilo se trepó con otros muchachos á la azotea de la capilla, y ya echaban abajo las tres campanitas que había.

Al repique salió D^a Rufina desaforada, el amo dejó la baraja y llegaron á la pieza de la loca; cuando el señor cura bendiciendo dijo: *Item passe*, Clarita llena de júbilo en presencia de todos exclamó: Pepe, querido esposo mío, recíbeme en tus brazos. Y se inclinó con entusiasmo abrazándome frenética uniendo su pálido semblante con el mío sucio aún y ensangrentado. — ¿Qué es esto? preguntó el amo sorprendido. — Nada, contestó el cura, la esposa que abraza á su esposo, véalo vd., eso es muy natural, nada tiene de extraordinario. — Pero eso no puede ser, señor cura, replicó D^a Rufina, esa mujer está loca, ese casamiento es nulo, ha sido vd. engañado. — No necesito, señora, de la opinión de vd., le contestó; yo sé lo que hago y es excusado su parecer. — Pero esa mujer no es libre, replicó el amo, yo soy su curador, nada puede hacer sin mi voluntad. — Qué pronto olvida vd., caballero, dijo el juez de letras, que ayer ha cumplido esa señorita veintitrés años, que ya no está bajo la patria potestad de su tutor, si antes no ha habido algún motivo justo con que prorrogarle á vd. el cargo jurídicamente. — Sin embargo, señor juez, ese casamiento no es válido, esa mujer está falta de juicio, es una insensata; yo no puedo consentir el que no se cuente conmigo, yo la sacaré

de las garras de ese infame. Y trató de tomar á Clarita de un brazo, ella se excusó y arrimándose junto á mi cama le dijo: — No hay poder humano que me quite del lado de mi marido: ya no soy aquella infeliz hijastra que ha tratado vd. con la punta del pie, me es muy sensible, señor, tener que decirle á la persona que le he dado algún día el título de padre, que es un infame, que ha abusado de su poder y de mi incapacidad, que hastiada de la mala vida que he sufrido, he encontrado por fin mi único consuelo en los brazos de un amante esposo; déjenos en paz y les perdonaré cuanto mal me han causado. — ¿Pero, qué tienes tú que perdonarnos, indina, mosca muerta? gritó D^a Rufina, ya conozco tus alimañas, eso del clavelito, tu fungimiento por hacerte insensata, ¡y yo tan bestia que á fuerza te obligué á que te agarraras de su brazo! ya caigo en la cuenta por qué hizo aquella distinción hablando del amante con tanto fuego, continuando en un sermón para la mujer casada, eso primero lo decía por tí, y yo, miserable, ¡les ayudaba! yo misma le mandé poner aquí y te obligué á que te quedaras, eso es infame, inicuo, yo no puedo sufrir más, ¿así correspondes á mi cariño? malagradecida, canalla, después que te he servido de madre. — Cállate, Rufina, le contestó Clarita, no mientes esa palabra, no me recuerdes cosas que trastornan mi razón al pensar en ellas, déjame con mi esposo y calla, calla por amor de Dios, por tu bien. — ¿Qué bien, ni qué ojo de hacha? di lo que me sepas, ingrata. — Sí, sí, prosiguió el padraastro, no necesitamos de tu perdón, no mendigamos tu gracia, esas palabras dan en qué entender, esos dichos te han de costar caro, yo pleitearé, haré nulo tu casamiento; y no conseguirás vivir un instante con ese pillo que te ha seducido, que ha abusado de tu candor! ¡es un vill! ¡un ladrón! en suma, un ¡contrabandista!

— Señor amo, modere sus palabras, dijo mi padre, no quiera rasar á todos con un rasero, ya llevó ayer un desengaño, no sea tan fácil en hablar de los hombres: yo soy su padre y no permitiré que porque lo mira tirado en esa cama, lo esté insultando. — Eso es, prosiguió la vieja, defiéndalo vd.; yo puedo decir con experiencia que es un infame seductor, un... No la dejó Clarita acabar la frase, pues arrojándosele al cuello le

arrancó los hilos de perlas, diciendo : Y yo también tengo experiencia de quién eres, maldita, una ladrona que andas luciendo en tu asqueroso cuello estos hilos de mi madre : quítate, no nos provoques. Y á la vez que le quitó los hilos, le dió un empellón tan fuerte, que dió un testerazo contra una rinconera, que eso la defendió para caer patas arriba; el amo incómodo, sacó una navaja de muelle y quiso arremeter con ella. Mi padre se puso de intermedio y desenvainando su belduque que llevaba en la bota, le dijo con mucha socarra : — Contenga su lengua, señor amo, entre en razón, esta niña es mi hija, yo tengo sangre en el cuerpo, no aguanto muchas pulgas y aunque me mira viejo, no me tiembla la mano ni me falta corazón. Intervino el señor juez diciendo : ¿Qué es esto, señores? D. Casimiro, retire su arma, no lo ciegue la cólera, advierta dónde está y quiénes estamos aquí presentes. — Es verdad, contestó mi padre, señores, perdonenme si acaso he faltado en su presencia, pero es muy natural salir á la defensa de mis hijos, yo no soy el que insulto ni me he propasado, sólo me he puesto á la defensa para evitar un atropello y como aquí el amo quiere remitir á los navajazos su justicia, era necesario advertirle que esa niña no está sola; que para un hierro hay otro hierro, les vuelvo á pedir mil perdones. Y quitándose su sombrero guardó su puñal en la bota.

— Y vd., caballero, dijo el juez al amo que aún conservaba empuñada su navaja, también advierta en lo que hace, está en presencia nada menos que de las tres autoridades, la eclesiástica, judicial y política, lo mismo que en la de sus amigos, su familia y niñas que no deben presenciar estas cosas : deme vd. esa arma que está muy mal en sus manos; si tiene derechos que deducir y cosas que alegar, para nulificar un acto tan solemne como ha sido el casamiento de su tutoreada, no quiera con hechos escandalosos demostrarlos, para eso están los tribunales respectivos, entre en razón, porque de lo contrario, me veré en el caso de tomar alguna providencia seria para evitar fatales consecuencias.

— Tiene vd. razón, señor juez, aquí está la navaja, pero repito que estos infames no se han de quedar riendo, y pido que esa mujer que ha faltado á mi esposa, que ha atropellado

los miramientos y el respeto que le debe á la que le ha servido de madre, sea conducida á la cárcel, en presencia de vds. se le ha arrojado despojándola de las alhajas que á mí me han costado mi dinero, ese atrevimiento merece castigo, y pido justicia, señor juez, justicia contra la hija desnaturalizada, la tutoreada rebelde, contra esa vil malagradecida, mi honor lo exige, mi deber lo demanda, el ultraje á mi esposa no se ha de quedar impune, ha provocado mi cólera, que sufra el condigno castigo.

Clarita en este momento se paseaba, se retorcia los brazos, quería llorar, gritar y hacía tan extraordinarias demostraciones que puso en cuidado á los circunstantes, principalmente al cura, al juez y facultativo, que sorprendidos la miraban, hasta el extremo que dijo el cura al juez al oído : — Hemos hecho un pan como unas migas, creo que esa criatura está falta de juicio, véala vd. bien.

El amo que no dejó de advertir aquello siguió á la carga, pero interrumpiéndole sus improprios exclamó, como cansada de haber sostenido una fuerte lucha : — ¡Basta ya de sufrimiento! también mi honor lo exige, mi deber lo demanda, vds. me precipitan, ¿quieren justicia, y que no queden impunes los delitos? pues bien : ¡que caiga su peso sobre los infames! Se descolgó una bolsita de seda que llevaba pendiente del cuello, y con pasó firme, voz clara y distinta dijo : — Señor juez, rompa vd. ese trazo, impóngase de lo que deposita, yo pido justicia, y ejerciendo su probidad y rectitud obre como su deber lo exige. — El juez descosió con el cortaplumas la bolsita, se fué para la rinconera dándoles la espalda á todos, desdobló con cuidado un papel amarillento con una mancha roja en la parte del sobre, otro que contenía cuatro papelitos con cierta cantidad de polvos blancos cada uno; en el primero, á pesar del miserable estado de roído, se percibía distintamente el relato siguiente : « Querida Rufina : te mando ocho papelitos del veneno que te dije : dale á tu ama uno en la bebida de la botica y si ves que no surte su efecto, dobla la parada, procurando que sea de noche para que no llame la atención de los demás asistentes, el sobrante quémalo para que no quede ningún indicio y en caso de sospechas que recaigan sobre el boticario, luego que muera esa mujer, mándame avisar con

este mismo criado; ten mucha prudencia porque de ello resultará nuestra felicidad, etc. » Y seguía el nombre y firma; más abajo, y con letra y tinta diversa, decía: « El día 22 del mismo año y mes murió mi madre doña fulana de tal, envenenada por su criada Rufina que la hizo tomar cuatro papelitos iguales á los adjuntos, y pongo esta razón para que si se me extravía ésta, me la devuelvan ó la pongan en manos de la justicia. Clara de... » Desdobló otra carta en peor estado, llamó á uno de los concurrentes, le habló al oído y se salió á cumplir su orden; entonces el juez leyó también para sí lo siguiente:

« Veintidós de... de 18... Ya sé que á esa mujer se le arrancó á las dos de la mañana, mándame luego á D. Julián que fué alcalde el año pasado, para que firme el testamento falso que tengo hecho, y hasta que yo te avise no haces público el fallecimiento de tu ama que fué; porque no puedo sufrir á esta maldecida de Clara, te la mando, procura que sepa su orfandad poco á poco para que no arme escándalo; trátala con mucho cariño, pues como única dueña y heredera, nos conviene por ahora su conservación mientras aseguramos los intereses, que después no faltará modo para quitárnosla de en medio; quema todos los papeles, friega bien los trastes, no vaya á ser que un descuido nos cueste caro: yo iré á la noche después de la raya, etc. » La firma, letra, tinta y papel igual á la anterior; guardó el juez con cuidado todo aquello dejando descubierta la firma, y al voltearse para los concurrentes, le dijo á Clarita: — Tranquilecese vd., señorita, nunca es tarde para la justicia, no hay deuda que no se pague, aquí anda el dedo de Dios. El amo al escuchar aquello se puso pálido, luego negro y apretando los puños decía: — ¿Qué superchería es esa, señor juez? ¿qué nueva trama ha fraguado esa loca maldecida?

— Seréne se vd., señor mío, y mientras lo informo dígame: ¿conoce vd. esta firma? — Sí, señor; pero esa firma puede ser de las muchas que hace tiempo me falsificaron y por cuya razón tuve que cambiarla. — ¿Y la letra? — La letra también es mía y no la excuso. — No seas guaje, dijo D^a Rufina, si la firma es falsa también debe de serlo la letra: yo desde ahora aseguro que esa es una picardía de esa hipócrita; ella que tenía empeño en saber leer en carta y escribir, la ha de haber fra-

gado para robarte alguna cosa, es capaz de todo y... No la dejó continuar la presencia de un nuevo personaje, el alcaide de la cárcel que quitándose el sombrero, se dirigió al juez diciendo: Vd. mande. — ¿Vino esa gente? — Sí, señor. — Que entren. Y se fueron presentando seis hombres con sus fusiles. — Asegure vd., le ordenó el juez al alcaide, á este hombre y á esa mujer, póngamelos en calabozos separados y que no se comuniquen con nadie hasta nueva orden. Y se guardó en la cartera los documentos. — ¿Al amo y su esposa? preguntó sorprendido el ejecutor. — Sí, señor, á los mismos. Y Clarita dejándose caer en la cama para no ver aquella escena, exclamó: ¡A los asesinos de mi madre! ¡infelices! yo les perdono de todo corazón; querían justicia, pues que ella obre como crea de su deber. El amo pronto sucumbió al peso de su remordimiento y se dejó asegurar saliendo para afuera; pero la vieja se puso hecha una leona, rabiosa arremetía contra aquellos pobres indios que, por verla de túnico y peineta le tenían miramiento, no consintiendo que se le acercaran, dando arañes y patadas, nada escuchaba, pues con sus ojos verdosos, centellantes, sus hermosos dientes y la prevención de sus uñas, parecía un gato encogido; blasfemaba llenando á todos de picardías, y estaba retratable en aquel instante representando á las furias de Satanás, toda desgredada, echando espuma de rabia; por último, mirando el alcaide que no se dejaba agarrar, que á todos arañó y pateó, se le acercó de repente y tomándole un brazo se lo retorció tan fuerte y violentamente que la hizo rendirse dando de aullidos; fué necesario en peso sacarla de allí y en un carretón asegurarla, porque se encaprichó en no pararse, seguir pateando y mordiendo, haciéndose como culebra, maldiciendo á todo el mundo. Las hijas aumentaban la grita con sus lamentos, los convidados unos se enternecían, otros hacían mil comentarios, y mirando aquel trágico fin cada cual se fué despidiendo. A las siete de la noche estaba aquello que se ardía; los amos colocados en el carretón caminaron custodiados. Su familia y sus sirvientes lloraban tras ellos; los músicos se largaron por su lado y por contraste de tan extraordinaria escena, tío Marcelino subido en la azotea con sus ayudantes repica y repica, pues ninguno les había dado contraorden, queriendo

devengar bien los dos reales de gratificación. A D. Luciano le encargó Clarita que fuera á ver dónde colocaban á los presos, y les proporcionara todo cuanto fuera posible para su comodidad, y que á las niñas las dejara en la casa de una tía, hermana de su padrastro.

El médico me dejó un método y ofreció volver temprano; el cura cerró con el notario su información matrimonial. El juez con sus documentos en la bolsa en unión de otros vecinos se despidieron; el Huero y su compañero se aprovecharon de la confusión, y por tener una memoria de su digno amigo, cargaron con el Gavilán ensillado y enfrenado y otras chácharas de D. Luciano que tenía en la alacena, adonde suponían estar guardado mi dinero; en resumen, á las ocho de la noche no había en toda la habitación principal de la hacienda, más que mi padre, mi esposa y yo; me paré, me lavé la cara y tratamos de cenar pues no dejábamos de tener alguna necesidad. Nos dirigimos para la cocina, era aquello un campo de batalla; todo el brasero inundado de mole, cazuelas quebradas por todas partes, trastes rotos pues los perros y gatos aprovechando la confusión de las cocineras, entraron furiosos á saco con cuanto pudieron, de allí no logramos sacar nada útil, y de la despensa fué donde amenizamos nuestra merienda con carnes frías, sardinas, y otras cosas por el estilo, pues por no dejar, no había en la cocina ni lumbre; nos sentamos con la mayor tranquilidad sin querer recordar á Clarita nada de lo acontecido porque le causaba tristeza. Y ahí me tienes, hermano, en un tumbo de dados con cuanto podía apetecer: dos talegas de pesos, mi padre á la derecha, mi esposa á la izquierda, y aquella hacienda y otras dos fincas en Querétaro de pilón, sabiéndome aquellos bocados deliciosos, y aquel vino á néctar del Paraíso. Cuando acabamos de cenar, á invitación de mi padre nos fuimos á la capilla, y no te puedes figurar lo mucho que me impresioné al ver á Clarita dar las gracias á la Santísima Virgen de la Luz que era la patrona, con unas palabras tan dulces y un fervor, que me enternecieron, y lloraba como una criatura de puro regocijo; por último convenimos en que hasta que no rectificáramos en el altar nuestro enlace y se hicieran las demás fórmulas, nos trataríamos como tiernos

hermanos; nos puso nuestras camas en la sala y ella se metió á dormir á las piezas interiores. Cuando estuvimos solos me dijo mi padre: ¿Qué te parece, José, cómo te decía yo bien que no fueras á hacer una calaverada, y que Dios dispondría todo? desde que ayer escuchaste nuestras ausencias, su Divina Majestad no permitió que hubieras puesto en obra tu primer impulso de vengar nuestro honor ultrajado. ¿Qué fuera de nosotros, ó al menos de ti si te metes al despacho, le reconviene á ese hombre y le pegas? hoy estuvieras en la cárcel que él está ocupando.

En todo lo acontecido en estos dos días, ha obrado el dedo de Dios, como dijo el Sr. juez; solo él pudo haberte sugerido aquel extraño modo de vengarte á lo decente, y digo extraño, porque conozco tu genio quisquilloso y tu resolución atrevida, si no hubiera sido por esa juiciosa determinación, esa pobre niña sigue en su vida de tormentos: tal vez con ella muere su secreto, ¿quién había de creer á una insensata? y los delincuentes, los infames asesinos de su madre, no hubieran explado aquí tan horroroso crimen. Conoce al mundo, José, no te fíes de las apariencias, caras vemos y corazones no sabemos; tan pronto como se les perdió el respeto á los tales amos, todos los juzgaron unos miserables criminales: cayó la corteza, apareció la lepra, y lo más que obtuvieron de todos los concurrentes fué una expresión de lástima, no sirviéndole á esa pobre mujer ni su traje de seda, ni sus muchos adornos con que como el escorpión encubría su ponzoña para que no la llevaran amarrada, y ambos están á estas horas llenos de remordimientos comenzando á pagar sus crímenes, éstos son los verdaderos hipócritas. ¿Qué dices del que no podía tratar á los contrabandistas, y los deseaba ver colgados? ¿de la que tenía un corazón tan sensible y era tan impresionable y delicada? Ya lo has visto, en un carro fueron bien acomodados, y quién sabe cómo les vaya al freir de las peras. Me complace más ver á esa pobre niña libre de esos demonios que la martirizaban, que cuanta conveniencia é interés encierra este negocio; si es posible, renuncia de ellos, y haz feliz á esa criatura, con lo que tú adquieras por tu trabajo y yo que te ayudaré en cuanto mi vejez me lo permita, nos bastará.

— ¡Gracias! señor, ¡gracias! le contesté, ya veremos cómo se van disponiendo las cosas, y por lo pronto quiero que mañana mismo entregue vd. á D. Luciano las estancias, pues teniendo yo posibilidad, no permito que siga haciendo más el triste papel de dependiente, ni menos en esta hacienda. — Pero, José, yo no quiero serte gravoso ni estar de ocioso. — No, señor, no hay necesidad de que vd. trabaje; siempre ha estado vd. empeñado en darme gusto, y hoy quiero que no dependa de ninguno, que se dedique á ser fiel custodio de su hija; ya tiene esta obligación que á nadie le puedo encomendar. — Pues si así lo dispones, que sea en buen hora, le entregaré temprano á D. Luciano las estancias y mudaré tus mulas y demás trastes para el rancho de mi compadre Serapio. — Corriente, y con su bendición, señor padre, voy á dormir, y vd. haga otro tanto. Le besé la mano y apagué la vela.

CAPÍTULO X

El nombramiento. — La declaración. — Justicia divina. — Hipertrofía. — Triste desengaño. — Protesta de amistad.

Al otro día temprano me instalé en la cama de Clarita después de desayunarme bien, de modo que cuando el facultativo vino me halló en el mismo sitio muy aliviado; me prohibió que me levantara, me dejó recetadas una friega y una bebida y ordenada una rigurosa dieta; ponderando su acierto y eficaz asistencia porque mi gravedad fué extrema, y me sacó con su ciencia de las garras de la muerte cuando ya tocaba los bordes del sepulcro. Acallé su charlatanismo con darle una onza, le ofrecí mandarle noticia por escrito del estado de mi salud para que no fuera necesaria otra visita. — Ya por ahora, amigo mío, continuó, cumplí como facultativo; ahora como encargado, pongo en sus manos estas comunicaciones del Sr. juez de Letras, que habiéndome llamado á su juzgado para reconocer unos polvitos que obran en la causa del asunto de anoche, los cuales son de verdadero arsénico según lo he jurado; me dió este encargo pidiéndome de palabra que, vienes abiertas porque soy persona de confianza, que interponga vd. su influjo para con su señor padre á fin de que no se excuse del encargo que judicialmente se le confiere, ayudándole á formar unos exactos inventarios de cuanto se conoce perteneciente á la testamentaria del finado D... padre de la señorita esposa de vd. y que mañana ó pasado pasará por aquí á tomarle declaración. Conque ya también cumplí con esa encomienda, y me resta sólo ofrecerme á las órdenes de vds, etc., y se despidió.

Abrí las comunicaciones, una era para mi padre, nombrándolo depositario de la hacienda y demás bienes de la testamentaria, previniéndole que se procediera desde luego á formar un